



DE CAMINO

CON MARÍA

José-Román

Flecha Andrés

COLECCIÓN
ESPIRITUALIDAD
narcea

José-Román Flecha Andrés

**DE CAMINO
CON MARÍA**

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

Al hombre contemporáneo,
frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza,
postrado por la sensación de su limitación
y asaltado por aspiraciones sin confín,
turbado en el ánimo y dividido en el corazón,
la mente suspendida por el enigma de la muerte,
oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión,
presa de sentimientos de náusea y hastío,
la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica
y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios,
ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora:
la victoria de la esperanza sobre la angustia,
de la comunión sobre la soledad,
de la paz sobre la turbación,
de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea,
de las perspectivas eternas sobre las temporales,
de la vida sobre la muerte.

San Pablo VI
Exhortación apostólica Marialis cultus (2.2.1974) 57.



Para la profesora Camino Cañón Loyes,
con gratitud.

ÍNDICE

Presentación

I. UN RICO Y FILIAL MAGISTERIO

De un Concilio a otro

- De la Inmaculada a la Asunción
- El Concilio Vaticano II

San Pablo VI, el timonel del Concilio

- La Madre de la Iglesia
- La señal grande
- El culto a María

De un milenio a otro

- San Juan Pablo II y la Madre del Redentor
- María y la mujer
- Renovación del Rosario
- Catecismo de la Iglesia Católica

La teología de las virtudes

- El amor como fundamento
- María y la esperanza
- María y la Palabra

El Papa Francisco

- María y la fe
- María y la evangelización
- María y la fraternidad

Vida, dulzura y esperanza nuestra

II. MISTERIO Y MISIÓN DE MARÍA

La Inmaculada Concepción de María

Llena de juventud y de limpia hermosura

La niña del mundo

La elegida por Dios

Una vocación

Coronada de estrellas

El nacimiento de María

La voz de los poetas

Celebrando la Natividad de María

Las esperanzas del pueblo

El nombre de María

Presentación de María en el templo

La Anunciación del Señor

Comienzo de la salvación

El mensaje del Ángel

La agraciada

La esclava y la palabra

Memoria y profecía

La visita de María a Isabel

El camino

El encuentro

El mensaje

El pregón de la alegría y la esperanza

La virgen orante

El nacimiento de Jesús

La promesa de la paz

Los testigos

Los ángeles

Para una cultura de la vida
Aliento para el presente y el futuro

Presentación de Jesús y purificación de María

Una luz en las tinieblas
María en el templo
Simeón y Ana
Aceptación o rechazo
El asombro

La huída a Egipto

Los mensajes del ángel
Un modelo para el camino
Una familia y un pueblo
Las migraciones
Del dolor a la ternura

La búsqueda y el hallazgo de Jesús

La pérdida y la búsqueda
La angustia y el deber
Una teología de la familia

Una boda en Caná

El agua y el vino
María y la fe
La fiesta del amor
Fidelidad y ternura

María junto a la cruz

María al pie de la cruz
La Madre y el discípulo
María y la Iglesia
Una vocación martirial
Testigos de la cruz
La hora de la soledad

María y la comunidad apostólica

La promesa y el don del Espíritu

El día del Consolador

María, hija y madre de la Iglesia

Evangelización y oración

Asunción de María a los cielos

La fuente de la vida

Un signo celestial

La obra de Dios

Consuelo y esperanza

Contemplación

Conclusión. Esperanza de los mansos y humildes

Bibliografía

Colección Espiritualidad

PRESENTACIÓN

Por muy seductor que nuestro mundo parezca a simple vista, no siempre encontramos con facilidad el camino de la esperanza.

Con toda intención se recuerda aquí al *camino*. Jugando con las palabras latinas, san Isidoro decía que “esperanza” viene de “pie” (*pes*)¹. La itinerancia es la actitud que define a las personas que tratan de vivir de esperanza. Y así es. “La esperanza se acompaña con el necesario sentido del camino”².

Contra esa decisión de tomar y seguir un camino, que imaginamos rico de enseñanzas y experiencias de verdad, de belleza y de bondad, surgen pronto dos tentaciones. La de la desesperanza y la de la presunción.

La desesperanza paraliza a quien se siente incapaz de llegar a la meta. Considerando su debilidad y sus quebrantos, ni siquiera se atreve a imaginar esa meta. Por tanto deja de caminar y trata de encontrar alivio en algún mesón que encuentre a la vera del camino.

La presunción hace creer al caminante que, con lo que lleva andado, ya ha llegado a la meta apetecida. La belleza de alguna de las etapas intermedias le engaña y le seduce. Así que también él se detiene y se instala lo más cómodamente posible para disfrutar de ese sosiego.

Como se puede observar, en los dos casos, el itinerante parece renunciar a la itinerancia, es decir, el caminante abandona de hecho el camino.

Pues bien, con la devoción a la Madre de Jesús, a la que durante toda la vida hemos invocado como Nuestra Señora del Camino, se ofrecen aquí estas sencillas meditaciones sobre los pasos que ella recorrió, viviendo siempre a la escucha de Dios.

Santa María, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, es para nosotros una buena maestra y un modelo decisivo de esperanza.

Estas meditaciones sobre los pasos de su camino tratan de establecer un simbólico diálogo con el arte y la poesía, que tanta atención le han dedicado. Además, van seguidas de una oración y de unas pautas que pueden servir de guía para la reflexión personal o para la catequesis de los diversos grupos cristianos

Son innumerables los libros escritos sobre María. Estas páginas no pretenden ser un tratado de Mariología ni un estudio litúrgico de las fiestas de la Virgen María. En ellas se recogen simplemente algunos esquemas de retiros y de charlas a diversos grupos religiosos de diversos países.

Y, sobre todo, se recogen aquí los apuntes para los programas de radio, transmitidos durante años por los micrófonos de Radio Vaticano; por los de “El Sembrador Radio y Televisión”, de Chatsworth, California; y por la estación “En Familia Radio 740”, de Phoenix, Arizona. A todos sus oyentes van dedicadas estas notas que ellos mismos han pedido.

Que Santa María, madre de Dios y madre nuestra, nos ayude a liberarnos de las tentaciones que nos asaltan mientras vamos haciendo el camino y nos ayude a levantar la mirada con esperanza hacia la meta prometida.

¹ San Isidoro DE SEVILLA, *Etimologías*, VIII, 2,5: ed. de J. OROZ RETA y M.A. MARCOS CASQUERO, *Etimologías*, I, Madrid, BAC 1993, 689: “La esperanza se llama así porque viene a ser como el pie para caminar, como si dijéramos ‘es pie’ [*quasi est pes*]. Su contrario es la desesperación, pues allí donde faltan los pies, no hay posibilidad alguna de andar. Porque el que ama el pecado no espera la gloria futura”.

² A. PRONZATO, *Palabra de Dios. Comentario a las tres lecturas del domingo. Ciclo C*, Salamanca, Sígueme 2006, 13.

I

UN RICO Y FILIAL
MAGISTERIO



DE UN CONCILIO A OTRO

Es interesante ver la importancia que los papas de estos últimos tiempos han concedido a la figura de la Virgen¹.

DE LA INMACULADA A LA ASUNCIÓN

Un resumen de la doctrina reciente de la Iglesia sobre la Virgen María deberá comenzar, sin duda, por la evocación de la definición dogmática de su Inmaculada Concepción. Como se sabe, el papa beato Pío IX la proclamó como tal el día 8 de diciembre de 1854 por medio de la bula *Ineffabilis Deus*².

Ese mismo papa había de convocar el Concilio Vaticano I que sería bruscamente interrumpido el año 1870.

Como se sabe, contamos con la estimable herencia de las ochenta y seis encíclicas publicadas por el papa León XIII, recordado sobre todo por sus enseñanzas sociales. Habitualmente se menciona, sobre todo, la encíclica *Rerum novarum*. Pero nada menos que once de sus encíclicas fueron dedicadas a la devoción a la Virgen María. Con ellas pretendía especialmente exhortar a los fieles a la piadosa práctica del rezo del Rosario³.

Sus sucesores tampoco habían de olvidar la figura de la Virgen María. Así, por ejemplo, el día 2 de febrero de 1904, el papa San Pío X publicaba la encíclica *Ad diem illum laetissimum*. Con ella quería invitar a los católicos a conmemorar el 50º aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

El papa Benedicto XV, tan devoto de la Santísima Virgen, publicó la encíclica *Inter sodalicia* (22.5.1918) en la que invitaba a los fieles a meditar el valor y la presencia en la Iglesia de la Virgen Dolorosa. Totalmente absorto por el drama

de la primera guerra mundial, decidió que la Virgen Inmaculada fuese universalmente invocada como *Reina de la paz*⁴. En su honor hizo colocar una conocida imagen, obra de Guido Galli, en la basílica de Santa María la Mayor.

Por su parte, el 25 de diciembre de 1931 el papa Pío XI publicó la encíclica *Lux veritatis*. Con ella quería conmemorar el XV centenario del Concilio de Éfeso, que había proclamado la Maternidad Divina de María. Además, en su encíclica *Ingravescentibus malis* presenta el rosario como una verdadera escuela de virtudes cristianas.

Su sucesor, el papa Pío XII, en su carta encíclica *Deiparae Virginis Mariae* (1.5.1945) preguntaba a todos los fieles si se podía proponer y definir como dogma de fe la asunción corporal de la Virgen María a los cielos. Ante las respuestas afirmativas recibidas, el 1 de noviembre de 1950, año santo, publicaba la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, con la que proclamaba el dogma de la asunción de la Virgen María, retomando ampliamente la doctrina de los padres de la Iglesia y de los teólogos⁵.

Con su encíclica *Fulgens corona* (8.9.1953) el papa Pacelli invitaba a toda la Iglesia a celebrar un Año Mariano con motivo del I Centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Al año siguiente, el día 11 de octubre de 1954, en que se celebraba la Maternidad Divina de María, el mismo papa Pío XII publicaba la carta encíclica *Ad Caeli Reginam*, con la que instituía la celebración de la fiesta de María Reina⁶.

Finalmente el papa san Juan XXIII, mediante su encíclica *Grata recordatio* (26.9.1959) exhortaba a los fieles al rezo del rosario por el fruto del Sínodo de Roma y del Concilio que había convocado. Deseaba que se pidiese que, por medio del Concilio, pudiesen florecer las virtudes cristianas, no solo para los hijos de la Iglesia católica sino también para los cristianos separados de la Sede Apostólica de Roma.

EL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II, convocado por el papa san Juan XXIII, nos dejó una reflexión sobre María tan amplia como asombrosamente rica. En ella se dan cita lo humano y lo divino. Baste aquí recordar algunos de los trazos de esa enseñanza.

Por una parte, el Concilio señala que María “vivió en este mundo una vida

igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos". Pero eso no la impidió "estar constantemente unida a su Hijo" (AA 4).

Tras largos estudios y amplias discusiones, el Concilio optó por incluir su reflexión sobre María en el marco de la constitución sobre la Iglesia. En efecto, resultaba evidente que "María no está en el plano de Jesucristo, como en competencia con él, sino como madre de los creyentes al nivel de aquellos que siguen a Cristo en la fe"⁷.

Pues bien, según el Concilio, al anuncio del ángel, María recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo, con lo que ha dado la vida al mundo. Además, la que ha sido venerada como Madre de Dios, es también reconocida como miembro singular de la Iglesia y como ejemplar de la misma en la fe y en la caridad. Por eso la Iglesia la venera como Madre, con un afecto de verdadera piedad filial (LG 53). En efecto, de ella tomó la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado (LG 55).

María, hija de Adán como todos nosotros, al aceptar el mensaje divino se convirtió en Madre de Jesús. Al igual que san Ireneo no pocos Padres de la Iglesia afirman que el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María. La incredulidad de aquella primera mujer encontró una adecuada respuesta en la actitud creyente de María. La gracia de Dios contó con la libertad humana. En efecto, el Padre de la misericordia quiso que a la encarnación de su Hijo precediera la aceptación de la Madre. Así ella dio al mundo la Vida que renueva todas las cosas (LG 56)⁸.

María fue predestinada desde toda la eternidad para ser la Madre excelsa del divino Redentor (LG 61). De nuevo, en ella vemos que se unen lo divino y lo humano. Por el don y la prerrogativa de la maternidad divina está unida al Hijo Redentor. Pero en virtud de las gracias y dones singulares que ha recibido, está también íntimamente unida con toda la Iglesia (LG 63).

María es ejemplo de caridad, de aceptación de la palabra de Dios y de santidad (LG 64). Durante su vida, fue ejemplo de amor maternal. Ese amor que necesitan los que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de la humanidad (LG 65). Esa maternidad es un patrimonio y una ayuda para toda la Iglesia.

Desde el concilio de Éfeso, María ha sido venerada con el título de Madre de Dios. A su amparo se han acogido y se acogen los fieles en todos sus peligros y necesidades (LG 66). Sin embargo, esa veneración no consiste en un

sentimentalismo estéril sino que nos impulsa a un amor filial hacia ella y a la imitación de sus virtudes (LG 67).

Glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, la Madre de Jesús es imagen y principio de la Iglesia. Ella la precede con su luz y es un signo de esperanza y de consuelo para este pueblo que peregrina por la tierra hasta que llegue el día del Señor (LG 68). A ella se dirigen nuestras súplicas para pedirle que interceda por todas las familias de los pueblos para que lleguen a encontrar los caminos de la paz y la concordia (LG 69)⁹.

¹ Cf. D. BERTETTO, "Magisterio", en S. DE FIORES y S. MEO (dir.), *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Ediciones Paulinas 1986⁴, 1213-1224. Para este estudio es imprescindible la obra de H. MARÍN, *Doctrina Pontificia. IV. Documentos marianos*, Madrid, BAC 1954. También puede consultarse P. GALINDO, *Colección de encíclicas y documentos pontificios*, Madrid 1962⁶.

² Puede verse el texto completo en la obra de J.A. MARTÍNEZ PUCHE y J. GIL AGUILAR, *Documentos pontificios marianos*, Madrid, Edibesa 2002, 45-62. Diez años después el mismo Papa firmaba su encíclica *Quanta cura*, sobre los principales errores de la época (8.12.1864), en la que invocaba la intercesión de "la Inmaculada y Santísima Virgen María, Madre de Dios, que aniquiló todas las herejías en el universo mundo".

³ He aquí la lista de las encíclicas de León XIII dedicadas a la Virgen María o al rezo del Rosario: *Supremi apostolatus* (1.9.1883) sobre la devoción al Rosario. Al mismo tema dedicaba su encíclica *Superiore anno* (30.8.1884), su carta *Vi è ben noto*, dirigida a los obispos italianos sobre el rezo del Rosario en la vida cotidiana (20.9.1887), así como sus habituales encíclicas anuales *Octobri mense* (22.9.1891), *Magnae Dei Matris* (8.9.1892), *Laetitia sanctae* (8.9.1893), *lucunda semper expectatione* (8.9.1894), *Adiutricem populi* (5.9.1895), *Fidentem piumque animum* (20.9.1896), *Augustissimae Virginis Mariae* (12.9.1897), y finalmente *Diuturni temporis* (5.9.1898).

⁴ Así lo recordó en su encíclica *Pacem Dei munus* (23.5.1920).

⁵ Puede verse el texto en la obra de J.A. MARTÍNEZ PUCHE y J. GIL AGUILAR, *Documentos pontificios marianos*, 158-168.

⁶ Pueden encontrarse estas encíclicas en la obra de J.A. MARTÍNEZ PUCHE y J. GIL AGUILAR, *Documentos pontificios marianos*, 176-191 y 192-217.

⁷ J. RATZINGER, "Cuestiones teológicas en el concilio Vaticano II", en *Obras completas*, VII/1, *Sobre la enseñanza del concilio Vaticano II*, Madrid, BAC 2019, 290.

⁸ La referencia principal es San IRENEO, *Adv. haer.* III 22,4: PG 7, 959A.

⁹ Para ampliar este tema, véase S. MEO, "Concilio Vaticano II", en *Nuevo Diccionario de Mariología*, 445-461.